

Á Astinóo é Ipenor, alto caudillo de numerosa escuadra, los primeros quitó la vida enfurecido el héroe, hiriendo al uno con herrada pica del pecho en lo más alto, y al segundo cerca del hombro con el grande estoque, y del cuello y la espalda separado el hombro fué. Dejólos en el polvo sin despojarlos, y despues á Abante mató y á Poliido, que ambos eran hijos de Euridamente, el venerado intérprete de sueños. No acertara, cuando á la lid salian, el anciano á explicarles los sueños, y vencidos ambos por el valiente Diomédes fueron y de sus armas despojados.

Á Janto y á Toon alcanzó luego, de Fénope nacidos, que en su triste huérfana senectud ya no tenía más hijos que sus bienes heredasen. Y les quitó la vida, y al anciano llanto quedó y dolor; pues de la guerra el consuelo no tuvo de que vivos á sus brazos tornaran, y los bienes los deudos más cercanos se partieron.

Marchó despues contra Equemon y Cromio, hijos ambos de Priamo, que un mismo carro entónces regían. Como suele el hambriento leon á la vacada acometer furioso, y la ternera ó la vaca matar que mal seguras paciendo estaban en el verde soto; así furioso el hijo de Tideo á ambos guerreros desde el alto carro precipitó cadáveres y pronto las armas les quitó, y á sus donceles dió el carro y los bridones, y á las naves mandó que por trofeo le llevaran.

Enéas advirtió que Diomédes los escuadrones teucros destruía; y por entre las armas y el estruendo de las picas buscaba al valeroso hijo de Licaon, el afamado y corpulento Pándaro; y al verle se paró junto á él, y así le dijo:

«¿Dónde el arco y las flechas voladoras, Pándaro, tienes hoy? ¿Qué es de la fama de tirador certero en que ninguno contigo puede competir en Troya, y en Licia nadie gloriarse ufano

»de que á tí se aventaja? Una saeta
»lanza, implorando del potente Jove
»el favor ántes, contra aquel guerrero
»(no le distingo bien) que tal estrago
»hace este dia en la troyana hueste,
»y á muchos y valientes campeones
»ya por su mano derribó en la arena.
»Si ya no es algun Dios que con los Teucros
»airado, los persigue porque olvidan
»víctimas ofrecerle numerosas;
»que de un Dios es terrible la venganza.»

Pándaro respondió: «¡ Prudente Enéas,
»de los Troyanos Príncipe y caudillo!
»ese adalid en todo se parece
»al hijo belicoso de Tideo.
»Yo le conozco bien por el escudo
»y por la alta cimera del almete,
»y su carro es aquél; pero decirte
»no sabré si es un Dios. Si no me engaño
»y es el hijo valiente de Tideo,
»no hace tales destrozos sin auxilio
»de una deidad. Es fuerza que á su lado
»alguno asista de los altos Dioses
»dentro de oscura nube, y que la flecha
»que yo le disparé, de él alejando,
»hácia otra parte la haya dirigido.
»En el hombro derecho la saeta
»se clavó, de la cota penetrando
»por la abertura; y cuando yo esperaba
»precipitarle á la region sombría,
»matarle no logré. Sin duda airado
»un Dios está conmigo. Aquí no tengo
»el carro y los bridones. Si estuvieran,
»en ellos subiria; pero yacen
»de Licaon en el soberbio alcázar
»mis once hermosos y brillantes carros
»nuevos sin estrenar, y bien cubiertos
»en torno están de lona, y no distantes
»comen blanca cebada y verde avena
»otras tantas parejas de caballos.
»Y á mí el prudente Licaon, cual padre,
»me aconsejaba cuando á Troya vine
»que mi carro trajera y mis bridones,
»y que en ellos subido las escuadras
»en las lides rigiera sanguinosas.
»Pero yo por amor á los caballos,
»mucho temiendo que en ciudad sitiada
»de pasto carecieran, cuando siempre
»de alimento á saciarse acostumbraron,
»no le quise creer. Y mejor fuera;

»que allí dejé mi carro y mis trotones,
»y cual simple peon, á Troya vine
»en el arco fiado, que hasta ahora
»harto inútil me ha sido. Ya dos flechas
»he lanzado á dos fuertes capitanes,
»el Atrida y el hijo de Tideo,
»y en ambos tiros la acerada punta
»sacó la roja verdadera sangre;
»pero sólo alcancé que nuevos bríos
»cobrasen con la herida. En ominoso
»fatal instante descolgué del muro
»el arco y el flechero, en aquel dia
»en que al frente me puse de mis Teucros
»para venir á Troya conducido
»de Héctor por la amistad. Y si á Zeléa
»volver lograre un dia y con mis ojos
»los altos muros de mi patria veo,
»mi dulce esposa y mi elevado alcázar,
»quiero que un enemigo en los combates
»la cabeza del cuello me divida,
»si con mis propias manos yo no hiciere
»mil pedazos el arco y no le echare
»en fuego abrasador, pues tan inútil
»compañero me ha sido.» A estas razones
replicó grave el adalid Troyano:

«No del arco te quejes: considera
»que de nuestras legiones el destrozo
»no cesará sangriento, hasta que juntos
»los dos contra el Aquivo no marchemos
»con armas y subidos en un carro,
»y la suerte probemos. Sube ahora,
»Pándaro, en este mio, porque veas
»cuáles son los caballos que nacieron
»de los que tuvo Tros, y cómo saben
»acosar y seguir por la llanura
»al enemigo en rápida carrera
»y ligeros huir. Así, confía
»en que si Jove al hijo de Tideo
»concede todavía la victoria,
»ellos nos llevarán sin daño alguno
»á Ilion. Sube ya, toma las riendas
»y el azote sonoro y tú los guia;
»que yo de pié, dejándote el asiento,
»lidiaré con el bravo Diomédes:
»ó tú con él combate, y de las riendas
»cuidado yo tendré.» Pándaro dijo:

«¡ Eneas! ten las bridas, y dirige
»tus bridones: mejor, la voz oyendo
»del auriga á que están acostumbrados,
»el carro llevarán si las espaldas

»volver nos hace de Tideo el hijo.
»No sea que la voz desconociendo
»del que los rige, desbocados corran
»y no quieran sacarnos de la liza,
»y á nosotros el hijo de Tideo
»nos acometa entónces y nos mate
»y lleve por trofeo los caballos.
»Así, guíalos tú: yo con tu lanza
»la acometida esperaré del Griego.»

Así los dos hablaban: y subidos en el brillante carro, los veloces caballos contra el hijo de Tideo, ganosos de matarle, encaminaron. Viólos venir Esténelo, y al héroe así dijo en palabras voladoras:

«¡ Caro á mi corazon! allí descubro
»dos valientes guerreros que contigo
»medir sus armas animosos quieren,
»y grande fuerza alcanzan. Es el uno
»certero flechador, Pándaro, el hijo
»de Licaon; y el otro, que es Enéas,
»de haber nacido ufano se gloria
»del magnánimo Anquises y de Vénus.
»Retrocedamos, pues; sube en el carro
»y no quieras furioso por la hueste
»enemiga correr, no acaso ahora
»pierdas la dulce vida.» El valeroso Diomédes, mirándole ceñudo, así le respondió: «No me aconsejes que la espalda les vuelva, porque vanos tus consejos serán. En las batallas á un hombre como yo no es permitido huyendo combatir, y cual cobarde temblar. Intacto mi vigor conservo, y ni subir al carro necesito.
»Á pié voy á encontrarlos, porque Pálas no permite este dia que yo tema.
»Á los dos sus caballos corredores no llevarán á Troya, si es que el uno huir consigue; pero fiel observa lo que voy á decirte. Si este dia Minerva el alto honor me concediere de matar á los dos, estos bridones aquí deja sujetos, amarradas las bridas á la armella. Los caballos de Enéas toma luego, presuroso de la hueste enemiga los aleja,
»y á las naves los guia de los Griegos.
»Porque son de la raza generosa de los que diera á Tros el padre Jove

»en pago del hermoso Ganimédes,
 »y mejores caballos no se hallaran
 »en cuanto alumbra el sol y ve la aurora.
 »Logró Anquíses tener otros caballos
 »de la casta divina, con sus yeguas
 »ayuntando en secreto los de Jove
 »y sin que Laomedonte lo entendiese:
 »y de los seis caballos que engendraron,
 »á cuatro en sus pesebres alimenta,
 »y á Enéas dió estos dos, muy corredores,
 »ya se siga el alcance al enemigo,
 »ya de él se quiera huir. Si los tomamos
 »alta gloria este día alcanzaremos.»

Los dos así decían; pero pronto
 cerca llegaron Pándaro y Enéas,
 porque mucho corrian sus trotones;
 y así, el primero, el hijo valeroso
 de Licaon, á Diómédes dijo:

«¡Firme batallador, guerrero fuerte,
 »hijo del gran Tideo! ya que al golpe
 »no has muerto de la flecha voladora,
 »aquí veré si con mi larga pica
 »atravesarte logro.» Así le dijo
 fiero: y vibrando la robusta lanza,
 la disparó, y del hijo de Tideo
 acertó á dar en el escudo plano,
 y la acerada punta, presurosa
 por él pasando, en medio la loriga
 quedó clavada. Al verlo, en altas voces
 gritó gozoso Pándaro: «¡Diómédes!
 »herido estás, y el cuerpo atravesado
 »tienes de parte á parte; ni es posible
 »que largo tiempo á la mortal herida
 »tú puedas resistir, y mucha gloria
 »me darás con tu muerte.» El animoso
 Diómédes respondió con faz serena:

«Erraste el golpe, ni lograste herirme;
 »y pronto espero la arrogante audacia
 »castigar de los dos, ó que á lo ménos
 »postrado el uno, del furioso Marte
 »sacie la sed de sangre con la suya.»

Dijo, y tiró su lanza; y por Minerva
 fué dirigida al lagrimal del ojo,
 y dentro la nariz hasta la boca
 penetró. Y por la blanca dentadura
 pasando, le cortó junto á los labios
 la lengua, y por debajo de la barba
 vino á salir el indomable hierro.
 Cayó del carro y retendió la tierra
 en derredor, y temeroso ruido

sobre él hicieron las brillantes armas
 de variado color, y los ligeros
 bridones se espantaron, y la vida
 allí perdió de Licaon el hijo.

Saltó del carro Enéas; y temiendo
 que el cadáver de Pándaro arrastraran
 los Aqueos, tomó su larga pica
 y su rodela, y cual leon furioso,
 le defendía en su valor fiado.
 Y alta la pica y con el ancho escudo
 cubriéndole, feroz amenazaba
 matar al que primero se acercase,
 y daba horribles voces. Mas el hijo
 de Tideo, tomando una gran piedra
 que llevar no podrían ni dos hombres
 de los que ahora viven y él ligero
 y fácil manejaba, hácia el Troyano
 la arrojó. Y acertándole en la parte
 en que se unen el muslo y la cadera,
 con el peñasco le rasgó la cútis,
 y el hueso le rompió y ambos tendones.

Cayó el héroe en el suelo de rodillas,
 y se apoyó con la robusta mano
 sobre la tierra; pero parda nube
 cubrió de oscuridad ambos sus ojos.
 Y allí muriera el adalid Troyano,
 si su riesgo no hubiese conocido
 tan pronto Vénus, su amorosa madre.
 Pero bajó del cielo, y cuidadosa
 tomando al hijo en los ebúrneos brazos,
 con un doblez del manto refulgente
 le cubrió que de escudo le sirviera
 contra los tiros, porque algun Aqueo,
 en el pecho clavándole su lanza,
 no le matase. En tanto que afligida
 á su Enéas sacaba del combate
 la Diosa, de Diómédes el mandato
 Esténelo, su amigo, no olvidaba;
 y amarrando las bridas á la armella,
 allí dejó parados sus bridones
 fuera de la batalla. Y por el freno
 sujetando de Enéas los hermosos
 y ligeros caballos, de las filas
 los sacó de los Teucros; y á la escuadra
 guiándolos él mismo de los suyos,
 á Deipilo los dió, su compañero,
 á quien él entre todos distinguía
 los de su edad porque en prudencia mucho
 sobresalía, y le mandó que pronto
 á las naves aqueas los llevara.

Subió luego en su carro, y de las riendas
 asiendo, con el látigo sonoro
 aguijó los caballos corredores,
 y á juntarse marchó con Diómédes.

Éste, entretanto, con el hierro á Vénus
 obstinado seguía, conociendo
 que no es Diosa valiente, ni de aquellas
 que presiden del hombre á las batallas,
 cual Pálas ó Belona, la que á polvo
 las murallas reduce y las ciudades.

Cuando ya la alcanzó, despues que mucho
 en su alcance corriera por las filas,
 acometiendo con el duro hierro,
 la hirió en la palma de la tierna mano,
 y el cútis desgarró la aguda pica,
 también rompiendo el manto refulgente
 que las Gracias labraran. Y hasta el suelo
 corrió la sangre blanquecina y pura
icor llamada; que los altos Dioses,
 como ni en sus comidas se alimentan
 de pan ni beben el purpúreo vino,
 roja sangre no tienen ni á la muerte
 están sujetos. Exhaló la Diosa
 doloroso gemido, y de los brazos
 dejó caer á Enéas; mas Apolo
 le recibió en los suyos, y cubierto
 de oscura niebla le alejó del campo
 porque no le matasen los Aquivos.

Al ver Diómédes á la Diosa herida,
 la dijo en altas orgullosas voces:

«¡Abandona la guerra y los combates,
 »hija de Jove! ¿Acaso no te basta
 »seducir á las débiles mujeres?
 »Si á las guerras asistes, vendrá día
 »en que azorada tiembles y te ocultes
 »al oír sólo de la guerra el nombre,
 »aunque léjos estés de la batalla.»

Así habló Diómédes; y la Diosa
 desfallecida ya porque en la mano
 mucho dolor sentía, sin hablarle
 la espalda le volvió; pero acudiendo
 Íris cuidosa, de la mano asida
 la sacó del lugar de la pelea,
 por la herida cruel atormentada
 y con lívida mancha ennegrecido
 el sonrosado cútis. Halló Vénus
 á pocos pasos al furioso Marte,
 que á la izquierda del campo sobre el césped
 sentado estaba y junto á sí tenía
 su lanza, y sus trotones y su carro,

entre nubes ocultos. Y en la arena
 de rodillas cayendo fatigada,
 le pidió que la diera sus caballos.

«Sácame (le decía) del combate,
 »hermano mio, y dame los bridones,
 »porque pueda en tu carro yo al Olimpo
 »pronto llegar; que me atormenta mucho
 »la herida que un mortal de hacerme acaba
 »el hijo de Tideo, que atrevido
 »combatiría con el padre Jove.»

Así dijo la Diosa; y á su hermana
 Marte dió los caballos, cuyas crines
 trenzara él mismo en oro refulgente;
 y triste el corazón, subió en el carro
 la hermosa Vénus. Ocupó su diestra
 Íris también; y las ebúrneas bridas
 cogiendo con la mano y el sonante
 látigo sacudiendo, á los bridones
 aguijaba á marchar; y ellos gozosos
 por el aire volaban, y al Olimpo,
 morada de los Dioses eternos,
 pronto subieron. Cuando ya al celeste
 umbral llegado habían, la ligera
 Íris, que al viento en el correr iguala,
 los detuvo, y del carro desuncidos,
 les echó el alimento delicioso
 que comen los caballos inmortales.

Vénus en el regazo de Dione,
 su madre, se arrojó, que cariñosa
 la recibió en sus brazos y la dijo:

«¿Cuál de los inmortales, hija mia,
 »así te ha herido en temerario arrojó,
 »como si tú, en presencia de los Dioses,
 »horrendo crimen cometido hubieses?»

La tierna Vénus respondió á su madre:
 «El hijo de Tideo, el orgulloso
 »Diómédes me hirió, porque yo quise
 »del combate sacar á un hijo mio,
 »á Enéas, el mortal que me es tan caro;
 »que no son los Aquivos y los Teucros
 »los que combaten entre sí: á los Dioses
 »se atreven ya insolentes los Aquivos.»

Y así Dione, la prudente Diosa,
 á Vénus consoló: «Sufre, hija mia,
 »resignada el dolor, aunque afligido
 »tu corazón esté. Los inmortales
 »que el Olimpo habitamos numerosas
 »graves ofensas recibido habemos
 »ya de los hombres; que nosotros mismos,
 »unos con otros en eterna lucha,